



Homilía

50º aniversario coronación Ntra. Sra. de la Merced, Patrona de la Ciudad de Jerez de la Frontera

Santa Iglesia Catedral, 28 de mayo de 2011

Excmo. Cabildo Catedral; Rvdo. P. Provincial, P. Comendador y miembros de la Cdad. de PP. Mercedarios; sacerdotes concelebrantes; Sra. Delegada de Cultura en funciones, Sra. Alcaldesa electa y miembros de la Corporación Municipal; Sr. Delegado episcopal de Hdades.; Sr. Presidente y miembros de la Unión de Hdades.; Hermanos Mayores; Miembros de la Academia de S. Dionisio; Sres. Representantes de Instituciones Locales y Diocesanas; hermanos todos en el Señor:

En primer lugar deseo manifestaros mi gratitud a todos por participar en este Pontifical en honor de Nuestra Madre de la Merced, Celestial Patrona de la Ciudad, coronada canónicamente el día 28 de Mayo de 1961 en un enfervorizado homenaje de todos sus hijos. Si en aquel día fueron nuestros antepasados quienes la veneraron, hoy somos nosotros los que venimos con la misma devoción a ponernos a los pies de nuestra Madre, introduciéndonos así en una comunión con nuestros mayores y con nuestra historia. Si ayer ellos escribieron una página única de nuestra Ciudad coronando a la Patrona, también hoy nosotros vivimos un hecho histórico: es la primera vez que nuestra querida Virgen de la Merced nos **“visita”** en este templo constituido ya como Catedral.

Y a nuestra biografía e historia de salvación hace referencia esta celebración y nuestra devoción a María. Ya desde los primeros tiempos, a la fe en Jesucristo, el Hijo de Dios encarnado, se unió una veneración particular a su Madre, la Mujer en cuyo seno el Verbo divino asumió la naturaleza humana, compartiendo incluso el latido de su corazón; la Mujer que lo acompañó con delicadeza y respeto durante su vida, hasta su muerte en la Cruz, y a cuyo amor materno Él, al final, nos encomendó a todos en la persona del discípulo amado.

Acoger a María

El evangelista san Juan concluye el breve y sugestivo relato con las palabras: **«Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa»** (Jn 19,27). La acogió en su propia realidad, en su propio ser. Así, forma parte de su vida y las dos vidas se compenetrán. Este incluirla en la propia vida es parte del testamento del Señor. Por tanto, en el momento supremo del cumplimiento de su misión salvífica y mesiánica, Jesús deja a cada uno de sus discípulos, como herencia preciosa, a su misma Madre, la Virgen María.

La Virgen de la Merced es, pues, nuestra herencia como jerezanos y eso es lo que celebramos cada día, cada mes de Septiembre y de una forma especial, hoy, al cumplirse el 50º aniversario de su coronación canónica. Son ya muchas generaciones las que han experimentado la protección de María y hoy nosotros nos unimos a ellas encomendando a su amantísimo patrocinio el futuro de nuestra Ciudad.

Al mismo tiempo acoger a María como Madre supone aprender de Ella. Y la Virgen es manantial permanente de juventud. Por eso, pertenecer a la **“escuela de María”** nos invita, en primer lugar a ser joven **“de espíritu”**, y a mantener continuamente la apertura de todo nuestro ser a la novedad que siempre constituye la Palabra

Manantial de juventud

Jesucristo, Dios hecho hombre, asumió en María nuestra misma carne, tomó parte en nuestra vida y quiso compartir nuestra historia. Para realizar su alianza, Dios buscó un corazón joven capaz de acoger la aventura humana del Verbo divino y lo encontró en Galilea, en **una joven** desposada, una sencilla

muchacha llamada María... que se puso incondicionalmente al servicio del proyecto de Dios: **“hágase en mí según tu Palabra”**. (Lc 1,38)

También hoy Dios busca corazones jóvenes: niños, jóvenes y adultos, pero de corazón grande, capaces de hacerle espacio a Él en su vida para ser protagonistas de la nueva evangelización que Jesucristo quiere llevar a cabo en este principio del siglo XXI. Busca hombres y mujeres que quieran aceptar la propuesta fascinante de seguir a Jesús y establecer una alianza de amor con Él. El Señor busca personas jóvenes interiormente, capaces de dejarse interpelar por su novedad, para emprender con Él caminos nuevos

Pero, contemplando a María podemos dar un paso más y preguntarnos: ¿qué es ser joven en sentido evangélico? ¿qué actitud se requiere para ello? Es evidente que para participar en los planes divinos, puesto que –en palabras del ángel- **“para Dios nada hay imposible”** (cf Lc 1, 37), es necesario lo que Jesús agradece al Padre como un regalo: ha revelado estas cosas a los humildes y sencillos, a los **“pequeños”** (Cf. Mt 11 ,25).

En efecto, María pertenece a aquellos que tienen siempre presente la **“grandeza de Dios”** y el agradecimiento porque **«ha puesto los ojos en la humildad de su esclava»** (Lc 1,48). Es precisamente la humildad de saberse pequeños, que a su vez lleva a la apertura total a Dios con la confianza de que todo es posible para Él. Ese es el secreto de la juventud de María.

Y de esa dimensión del corazón mariano –a imagen del Corazón de Jesús- nos ha hablado el Evangelio proclamado, que nos ha introducido en el santuario de humildad que es el Calvario. En él se nos muestra la humildad del Dios hecho hombre, la Palabra que se hizo carne y

«... actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz» (Flp 2,8).

Y al mismo tiempo, el silencio receptivo de María ante el drama de la Cruz, nos sitúa en la misma fe de Abrahán, puesto que, al igual que el Patriarca, la Madre de Jesús, humildemente, sigue **“esperando contra toda esperanza”** (Cf Rm 4, 18)

De ese encuentro de humildades brota un manantial de vida que rejuvenece a la Iglesia a través de los siglos en el Espíritu Santo. María nos enseña el camino para ser siempre joven. Es el camino de la vida eterna, el camino real, la humildad, porque precisamente constituye el modo de actuar de Dios mismo. Así nos lo dice el pasaje del Sirácida:

«Cuanto más grande seas, tanto más debes humillarte, y ante el Señor hallarás gracia, pues grande es el poderío del Señor, y por los humildes es glorificado», (Si 3,18-20).

Nos lo recuerda Jesús en la parábola de los invitados a una boda: **«Todo el que se ensalce, será humillado; y el que se humille, será ensalzado»** (Lc 14,11). Y la Virgen lo proclama en el Magnificat:

Dios... “dispersa a los soberbios de corazón y enaltece a los humildes. A los hambrientos colma de bienes y a los ricos despide vacíos..” (cf Lc 1, 52-53)

Así pues, hermanos, aceptemos la importante lección que nos da María a lo largo de toda su vida y que encierra un mensaje muy actual: no sigáis el camino del orgullo, ni el de la presunción. Id contra corriente: no escuchéis las voces interesadas y persuasivas que hoy, desde muchas partes, proponen modelos de vida marcados por la arrogancia y la violencia, por la prepotencia y el éxito a toda costa, por el aparecer y el tener, en detrimento del ser.

Estemos vigilantes. Seamos críticos ante los numerosos mensajes, que nos llegan sobre todo a través de los medios de comunicación social. No vayamos tras la ola producida por esa poderosa acción de persuasión. Nuestra Madre de la Merced nos alienta a guardar las palabras de su Hijo: **“Haced lo que El os diga”**. No tengáis miedo de preferir los caminos **«alternativos»** indicados por el amor verdadero: un estilo de vida sobrio y solidario; relaciones afectivas sinceras y puras; un empeño honrado en la verdad y en el trabajo; un interés profundo por el bien común.

María nos repite en esta mañana: no tengáis miedo de ser considerados diferentes y de ser criticados por lo que pueda aparecer falsamente como perdedor o pasado de moda: todos los hombres, especialmente los que parecen más alejados de la mentalidad y de los valores del Evangelio, tienen profunda necesidad de ver a alguien que se atreva a vivir de acuerdo con la plenitud de humanidad manifestada por Jesucristo.

Así pues, queridos hermanos, con Nuestra Bendita Madre podemos decir que el camino de la humildad no es mantener una actitud cobarde o pusilánime ante la vida, sino de valentía. No es resultado de una derrota, sino de una victoria del amor sobre el egoísmo, de la gracia sobre el pecado, que es lo que empequeñece, reduce y limita al hombre. Siguiendo a Cristo e imitando a María, debemos tener la valentía de la humildad: sólo así podremos llegar a ser instrumentos dóciles en sus manos, y le permitiremos hacer en nosotros **“obras grandes”**.

Compañera en el camino

Finalmente, otra enseñanza de María es mostrarnos que no estamos solos. La celebración del 50º aniversario -como hemos dicho- nos introduce en la historia y nos muestra que desde el siglo XIII se venera en nuestra Ciudad a la Virgen de la Merced. Ante esta realidad podemos decir que la vida humana es un camino; un viaje por el mar de la historia, a menudo oscuro y borrascoso. Un viaje en el que tenemos que escudriñar los signos que nos indican la ruta, las estrellas que nos orienten para llegar a la gran luz que es Dios **“porque en El vivimos, nos movemos y existimos”** (cf Hech 17, 28) pero que el pecado ha oscurecido en nuestro corazón.

Jesucristo es ciertamente la Luz por antonomasia, el sol que brilla sobre todas las tinieblas del mundo y de la historia. Pero para llegar a acogerlo dentro de nosotros y orientar nuestra vida en su seguimiento, necesitamos también luces cercanas, personas que reflejen la luz de Cristo, ofreciéndonos una mediación que haga posible el encuentro.

Y, ¿quién mejor que María –**“lucero de la mañana”**- podría ser para nosotros estrella de esperanza? Ella, que con su **«sí»** abrió la puerta de nuestro mundo al mismo Dios; Ella, que se convirtió en el Arca viviente de la Alianza, en la que Dios se hizo carne y plantó su tienda entre nosotros (cf. Jn 1,14). Ella, que desde la Cruz recibió una nueva misión: **«Mujer, ahí tienes a tu hijo»** (Jn 19,26).

En efecto, a partir de la Cruz se convirtió en Madre de una manera nueva: Madre de todos los que somos invitados y llamados a creer en su Hijo Jesús y seguirlo. Ella permanece con nosotros como Madre de la esperanza y nos acompaña en el camino. Por eso hoy, en este feliz aniversario, nos dirigimos a Ella con devoción y fervor. Permitidme que en nuestra oración de súplica le encomiende sobre todo a los enfermos; con un mensaje especial a todos los que, gracias a Jerez Televisión, están siguiendo también fervorosamente esta celebración.

A vosotros, pues, que estáis en la Cruz del lecho de la enfermedad, os invito a apoyaros en María como lo hizo San Juan. Y en la comunión del mismo Espíritu, nos dirigirnos a Nuestra Santísima Virgen diciéndole:

“Santa María, Madre de Dios, Señora de la Merced enséñanos a creer, esperar y amar contigo. Indícanos el camino hacia el Reino de tu Hijo. Estrella del mar, brilla sobre nosotros y guíanos en nuestro camino”.
Amén.

+ José Mazuelos Pérez
Obispo de Asidonia-Jerez